

Aquel día me desperté, ansioso por perder clase, ni siquiera me importaba a donde fuéramos, cualquier lugar era bueno para librarnos de la rutinaria prisión académica. Yendo hacia el lugar señalado disfrutaba con mis amigos entre chistes y bromas. Nos bajamos del autobús y llegamos a un pueblo bastante coqueto, uno de esos pueblos que huelen a hogar, eso fue lo primero que empezó a cautivar-me.

Nos encaminamos hacia el río pensando en las trampas de barro que la lluvia nos había preparado días antes, al pasar por el estrecho camino miré con desgana hacia mi lado derecho; en décimas de segundo mis sentidos se despertaron, absorto contemplaba la belleza de aquellos parajes, un olor fresco me envolvía y un sonido mágico atravesaba mis oídos: era la libertad.

Por fin llegamos a nuestro destino, la gente me parecía más amable, la vida no parecía tan mala. Con entusiasmo empezamos a realizar las actividades preestablecidas en clase, miraba a mi alrededor y nos contagiábamos las ganas de trabajar, así que comenzamos. Las pruebas no eran muy complejas, pero nos sentíamos como científicos en el Amazonas, sin tiempo para distracciones.

Si bien es verdad que al principio la idea de ir al río no me agradaba demasiado (por ignorancia más que nada) a medida que pasaba el tiempo aprendía a disfrutar de las cosas que me ofrecía. Por eso, me parece injusto que le paguemos con semejantes cantidades de basura y otras lindezas. Así que hago un llamamiento para que todo el mundo se solidarice con el río para que juntos podamos disfrutar de la naturaleza, hoy y siempre.